

organizacion física de los séres vivientes á la de los séres orgánicos ó inorgánicos, entre los cuales han de pasar sus dias, así como á los principios vitales propios de los centros en que deben cumplir su existencia.

Esta enseñanza de la Naturaleza es unánime en este como en los demás puntos de nuestra tésis. Una relacion estrecha é indisoluble entre la Tierra y los séres que la habitan, entre los fenómenos físicos que se efectúan en su superficie y las funciones de estos séres, desde los animales que emigran bajo la indicacion de su instinto personal para hallarse siempre en las condiciones segun las cuales han sido constituidos, hasta que los que, no pudiéndose trasladar, cambian de pelaje y se revisten segun las estaciones. Las funciones de la existencia corresponden al estado de la Tierra; una gran solidariedad une los séres á esta constitucion terrestre, á todo lo que depende de ella, y aun á esos períodos insensibles de tiempo que parecen los mas extraños á nuestra organizacion. Para citar un ejemplo entre mil, y de los ménos apreciados, indicaremos el *Reloj de Flora* de Linneo, formado por una série de plantas que abren ó cierran sus flores en ciertas horas del dia, tal como la Emerócola que se abre á las 5 de la mañana, la Caléndula del campo á las 9, la Maravilla de noche á las 5 de la tarde, la Silena á las 11, etc., fenómenos en correlacion íntima y directa con las alternativas diurnas del movimiento de la Tierra, pues se producen en cualquier lugar escondido á donde se transporten esas flores, léjos de las influencias de la luz y del calor. Estos son algunos de los innumerables efectos de la concórdancia que manifiesta que han sido formalmente destinadas la una para la otra. La Naturaleza conoce el secreto de todas las cosas, pone en accion las fuerzas mas ínfimas así como las mas poderosas, hace á todas sus creaciones solidarias, y constituye séres segun los mundos y segun las edades, sin que ni los unos ni las otras

puedan oponer obstáculo á la manifestacion de su poder. De ahí se sigue que la habitabilidad de los planetas á que hemos pasado revista, es el complemento necesario de su existencia, y que, de todas las condiciones que hemos enumerado, ninguna podria oponer obstáculo á la manifestacion de la vida en cada uno de esos mundos.

Nosotros vamos mas léjos todavía, y extendemos nuestros principios á la generalidad de los astros que iluminan los soles de la extension. Los maravillosos trabajos del análisis espectral ya nos han dado á conocer en el espectro luminoso de los planetas los mismos colores y las mismas rayas negras de absorcion que en el espectro solar; y esto nos induce á ver en los planetas sustancias que se hallan igualmente en la constitucion del Sol. Ya sabemos que en el Sol existen el hierro, el sódio, la magnesia, el cromo, el nickel, el cobre; mientras que este globo no contiene oro, plata, estaño, plomo, cádmio ni mercurio. En la actualidad se puede hacer la química del cielo, como se hace la química de los cuerpos terrestres, y analizar la constitucion de los astros que pueblan el espacio. Las recientes investigaciones cuyo objeto ha sido el exámen de Sirio, de Vega, de la Espiga de Virgo, y de las estrellas mas hermosas del firmamento, han iniciado una ciencia experimental que conducirá á los descubrimientos mas importantes, y nos ofrecen legítimamente la esperanza de conocer pronto la naturaleza íntima de algunos de esos astros inaccesibles ¹. Pero que los espectros estelarios nos muestran en las estrellas elementos análogos á

1. En los periódicos ingleses del mes de setiembre de 1864, vemos que después de leer nuestra obra, varios astrónomos, y particularmente los señores Miller y Huggins, á quienes se deben brillantes descubrimientos en el análisis espectral, se han dedicado con ayuda de aparatos perfeccionados á un nuevo estudio de los espectros de los planetas. Nos complace sobremanera que estos célebres profesores, cuyos trabajos cuentan cerca de 30 años, apliquen su indisputable habilidad á estas interesantes soluciones. — V. Rep. of the xxxivth meeting of the *British Association*.

(Nota de la 4^a edicion.)

los de que se compone nuestro Sol y nuestros planetas, ó bien nos indiquen una gran diversidad de sustancias, por eso no debemos dejar de conservar la convicción de que esos astros, ó mejor dicho los planetas que giran á su alrededor, posean elementos que den origen á seres organizados segun su estado respectivo, y esto cualquiera que sea la diferencia que separe su constitucion de la nuestra. La única consideracion de prudencia que hay que guardar aquí, es quedarnos entre los límites extremos; la Naturaleza, que tiene el infinito alrededor suyo y la eternidad por medida, puede tener astros exclusivamente creados para el servicio de algunos otros, así como tambien puede tener mundos en via de formacion ó de destruccion.

Esto es tanto como decir, que ciertas condiciones biológicas que nos parecen incompatibles con las funciones de la existencia sobre la Tierra, pueden en realidad ser favorables á seres organizados de un mundo desconocido. Nosotros llegamos hasta sostener que la ausencia de atmósfera, por ejemplo, y por lo mismo, la ausencia de líquidos en la superficie de ciertos mundos, no lleva tras sí necesariamente la imposibilidad de la vida. En efecto, los autores modernos que solo admiten la pluralidad de mundos con esta restriccion, no juzgan á la Naturaleza capaz de formar seres vivientes en otros mundos que los que ha establecido en la Tierra. Porque nosotros no podemos vivir sin ese fluido grosero que rodea nuestro globo, ¿es esta una razon para que ningun sér posible pueda habitar esferas desprovistas de este fluido? Y porqué el agua sea necesaria á la alimentacion de la vida terrestre, ¿debemos forzosamente inferir que haya de ser lo mismo en todos los mundos? ¿No es el estado de la naturaleza fisica el que ha determinado que la vida nazca de tal ó cual modo, vista tal ó cual forma, y todos los seres no están ligados á este estado por las fuerzas que los engendraron

ó que los sostiene? ¿Hubiera extendido el Criador sobre nuestro globo una atmósfera aérea, compuesta tal cual lo está, si el hombre hubiera debido ser organizado diferentemente, ó hubiera colocado aquí abajo al hombre organizado tal cual es, si esta atmósfera no hubiese existido? ¿Qué absurdo para los modernos restringir el poder creador en estos estrechos límites, dentro de los cuales la misma ciencia humana no se conformaria en circunscribirse para siempre! ¿Qué necedad pretender que, sin un cierto número de equivalentes de oxígeno y de ázoe, la omnipotente Naturaleza no podria engendrar ni la vida animal, ni la vida vegetal, ó por mejor decir, ninguna clase de seres, pues, aunque la creacion está dividida en tres reinos sobre la Tierra, no es una razon tampoco para que no pueda aparecer en otros mundos bajo formas incompatibles con algunas de las formas terrestres! En verdad, los antiguos hubieran raciocinado mejor, y si interrogásemos á su último vástago, que los refleja á todos en sus memorables escritos: « Los que pretenden, nos responderia, que los seres animados de los otros mundos tengan todas las cosas necesarias al nacimiento, vida, alimentacion y conservacion que tienen los de por acá, no consideran la gran diversidad y la desigualdad que hay en la Naturaleza, precisamente donde mayores variedades y diferencias se encuentran en unos y otros seres. Así como si no pudiendo acercarnos al mar, ni tocarlo, viéndolo solamente desde léjos, y oyendo decir que su agua es amarga, salada y no potable, que su seno nutre grandes animales en gran número y de todas formas, y que está todo lleno de grandes bestias que se sirven del agua ni mas ni ménos que nosotros lo hacemos del aire ¹, creyésemos que se nos contaban fábulas y cuentos extra-

1. Plutarco, que no conocia la respiracion por las agallas, se equivoca respecto á este fenómeno; pero su argumento no es por esto ménos exacto relativamente á nuestra tesis.

ños, inventados y forjados al capricho. Así parece que estamos dispuestos á pensar de la Luna y de otros mundos, no creyendo que hombre alguno habite allí ¹. »

Trataremos la cuestion bajo el punto de vista filosófico general en el libro V, sobre la *Humanidad en el universo*, pero añadamos tambien aquí una observacion particular que completará las anteriores. Hablemos un instante de nuestra ignorancia forzosa en esta pequeña isla del mundo adonde el destino nos ha relegado, y de la dificultad en que nos hallamos para profundizar los secretos y el poder de la Naturaleza. Afirmemos que por una parte no conocemos todas las causas que han podido influir, y que influyen aun hoy, en las manifestaciones de la vida, en su conservacion y propagacion en la superficie de la Tierra; y que por otra parte estamos léjos todavía de conocer todos los principios de existencia que propagan en los otros mundos criaturas muy desemejantes. Apenas hemos penetrado los que presiden á las funciones habituales de la vida; apenas hemos podido apreciar las propiedades físicas de los centros, la accion de la luz y de la electricidad, los efectos del calor y del magnetismo. Existen otros que obran constantemente á nuestra vista y que todavía no se han podido estudiar ni aun siquiera descubrir. ¡Cuán vano fuera por tanto querer oponer á las existencias planetarias los principios superficiales y limitados de lo que llamamos nuestra ciencia! ¡Qué causa pudiera luchar con ventaja contra el poder efectivo de la Naturaleza y oponer obstáculos á la existencia de los seres en todos esos globos magníficos que circulan en torno del lumínar radiante! ¡Qué extravagancia considerar el pequeño mundo en donde hemos recibido la vida como el único templo ó como el modelo de la Naturaleza!

Recordemos ahora en resúmen lo que llevamos demos-

1. *De Facie in orbe Lunæ*, ed. Amyot, p. 295.

trado, relativamente á las condiciones astronómicas y fisiológicas de los mundos, y estableceremos esta doble conclusion, evidente bajo el punto de vista fisiológico así como bajo el astronómico : 1° *La Tierra no tiene ninguna preeminencia marcada sobre los demás planetas*; 2° *los demás planetas son habitables como ella*.

Demostrada esta proposicion, es fácil deducir un corolario que será la última expresion de nuestra discusion. Toda la filosofía acude aquí unánimemente afirmándonos que todas las cosas tienen su razon de ser en la naturaleza, la cual no hace nada en vano, y desde Aristóteles hasta Buffon, ningun naturalista ha pensado poner en duda esta verdad, que les ha parecido de una evidencia axiomática. Si la Naturaleza ha sembrado el espacio de mundos habitables, no ha sido para hacer de ellos eternas soledades; por confesion de todos los filósofos, no es posible sostener una opinion contraria. Pero yendo al fondo del asunto, y sentando rigurosamente la cuestion tal como es, se resume en el eterno dilema discutido desde el origen de la filosofía : La existencia de las cosas ¿tiene un objeto ó no lo tiene? Véase aquí lo que hay que decidir entre nosotros. Si no nos entendemos previamente respecto á este punto, la discusion se hace desde ahora imposible, apoyándose cada cual en peticiones de principios y en argumentos contrarios.

Pero ántes de establecer nuestra conviccion acerca de este punto, supongamos por un instante que sea posible que el universo no tenga objeto, ¿se seguirá de aquí que las condiciones respectivas de los planetas deben considerarse como enteramente fortuitas, que el acaso (¡el acaso!) es el que los ha formado tales cuales son, y que, por consiguiente, él preside á las transformaciones de la materia y al establecimiento de los mundos? Los que así racionan, cualquiera que sea la escuela particular á que pertenez-

can, llevan el nombre genérico de materialistas; pero estos filósofos del positivismo están lejos de ser opuestos á nuestra tesis : ya lo hemos visto por Lucrecio, el discípulo de Epicuro; y se pueden resumir como sigue las opiniones de los unos y de los otros. Si es la combinacion ciega de los principios de la vida la que ha formado la poblacion de la Tierra, es indudable que estando esparcidos esos mismos principios en todo el espacio desde las edades mas remotas (pues no hay creacion), y desde los orígenes de las cosas actuales, con los mismos rayos de luz y de calor, con los mismos elementos primitivos de la materia, con los mismos cuerpos, sólidos, líquidos ó gaseosos, con las mismas potencias, con las mismas causas, en fin, que han intervenido en la formacion de nuestro mundo; es indudable que estos mismos principios, no quedando nunca inactivos, han engendrado, por medio de mil y mil combinaciones, otros seres de todas formas, de todas dimensiones, de todas proporciones tan variadas como esas mismas combinaciones ¹.

Bien se ve que el sistema de los materialistas es favorable á nuestra doctrina; pero creemos que es únicamente por ser esta inherente á la idea misma de las evoluciones de la materia; y á pesar del apoyo que pueden prestarnos esos filósofos, nuestro deber es no aliarnos con ellos, y no dejar ni un solo instante á nuestra doctrina entre sus manos, porque la autoridad de los que no reconocen una Inteligencia directriz en la organizacion del universo nos parece incapaz de arrastrar á nadie en pos de sí.

No queremos entrar en una interminable discusion acerca de las pruebas de la existencia de Dios; este no

1. Véase, para los tiempos antiguos, á los Jónios, los Eleatas, los Atomistas, los Epicúreos, los Estóicos, .. para los tiempos modernos, á Espinosa, que abrió el camino á la exégesis alemana contemporánea, y á todo el filosofismo de allende el Rhin, que acaba de hacer irrupeion en Francia.

sería el lugar; pero queremos expresar en breves palabras nuestro modo de ver.

Nosotros decimos que, á pesar de nuestro venerado maestro Laplace, que de palabra calificaba á Dios de *hipótesis inútil* ¹, á pesar de los sábios discípulos de las escuelas de Hégel, de Augusto Comte y sus émulos, á pesar de la autoridad de nuestros contemporáneos, que fuera ocioso citar, pero que nos son queridos por mas de un título, no titubeamos en proclamar en principio la existencia de Dios, independientemente de todo dogma, y aun diríamos independientemente de toda idea religiosa; las pruebas de esta existencia son para nosotros tan numerosas, como los seres animados que pueblan la Tierra.

Á pesar de nuestra incapacidad de conocer y de nuestra debilidad ante Él, nosotros, afirmamos que existe el Sér supremo. No Lo comprendemos como el insecto no comprende al Sol; no sabemos ni quién es Él, ni como Él es, ni de qué modo Él obra, ni qué es su presencia y su ubicuidad; no sabemos nada, absolutamente nada de Él; digamos mejor : nada podemos saber; porque nosotros somos la sombra y Él es lo infinito. Su esplendor deslumbra nuestra demasiado débil retina. Su modo de ser es *inconocible* para nuestro pobre entendimiento; las condiciones de Su realidad son inaccesibles á nuestra comprension limitada, á tal punto que nos parece que ninguna ciencia puede elevarnos hasta Su conocimiento. Es cierto, segun el célebre dicho de Bácon, que poca ciencia aleja de Dios y mucha ciencia conduce á Él; pero no es cierto que una ciencia ú otra puedan hacernos conocer jamás la naturaleza del Ser increado. En una palabra, Él es lo *Ab-*

1. Despues de la publicacion de su grande obra sobre la *Mecánica celeste*, Laplace la presentó al emperador. Este, despues de leerla, llamó al astrónomo y le manifestó su sorpresa por no haber encontrado ni una sola vez la palabra Dios en todo el curso de la obra, le respondió Laplace : Señor, no he tenido necesidad de esa hipótesis.

soluto, y nosotros no somos, no conocemos ni podemos conocer mas que *relativos*. Nos está formalmente vedado crearnos una imagen de Dios; es una imposibilidad inherente á nuestra propia naturaleza. No, nada sabemos de El; pero Lo contemplamos en lo alto desde el fondo de nuestro abismo y el solo pensamiento de Su eterna existencia nos aterra y nos aniquila; pero Lo vemos clara y distintamente bajo todas las formas de los seres, escuchamos su voz en todas las armonías de la naturaleza, y *nuestra lógica exige una causa primera y una última causa en todas las obras creadas*.

Vosotros no admitís causa primera, porque la ausencia de creación os parece incomprendible, y de ahí deducís la eternidad del mundo; no reconocéis última causa, porque la causalidad final permanece misteriosa y oscura, y conduce al hombre á errores manifiestos. Pero, ¿qué es lo que llamais y qué es lo que llamamos todos *causas finales*? ¿Creeis de buena fé que las verdaderas causas finales y el verdadero destino de los seres, sean los que nosotros concebimos en nuestro pequeño cerebro? ¿Creeis de buena fé que el plan general de la inmensa y solidaria naturaleza pueda ser conocido por nosotros, pobres átomos? ¿Persistís aun en confundir el orden universal de los seres con vuestros sistemas de clasificaciones? ¿No considerais que el hombre y toda su historia, toda su ciencia, todo su destino aquí, no es mas que el juego efímero de una libélula cerniéndose sobre el océano sin límites del espacio y del tiempo, y que para juzgar las cosas en su orden verdadero nos precisaria conocer el conjunto del mundo?

No, la verdadera causalidad final no es la que el hombre imagina; y si concebimos una conformidad al fin en toda creación, si queremos un destino de los seres en la naturaleza, es porque reconocemos los trazos de un *plan divino* en la obra del mundo. Nosotros estudiamos en redor nuestro formas de existencia que se encadenan

suceden mutuamente; vemos coordinaciones que se corresponden unas á otras, reconocemos una solidaridad entre todos los seres desde el mineral al hombre, lo mismo que entre las diversas partes constitutivas de cada individuo, hasta el punto de que sin el principio de las causas finales, las ciencias fisiológicas no podrian dar un paso, ni determinar la función de un solo órgano. Si se quiere que este estado de cosas sea obra de la materia, nosotros lo concederemos, añadiendo aun que cualquiera otra creación llevaria (y lleva en efecto,) lo mismo que esta, el sello de la solidaridad universal; pero vemos, encima de esas fuerzas físicas que tan inteligentemente han arreglado las cosas, la Inteligencia primordial que puso en acción esas fuerzas admirables.

Una escuela filosófica del día nos opone que la conformidad al objeto ha sido creada únicamente por el espíritu reflexivo que admira de esa manera un milagro que él mismo ha obrado. Se nos dice que la naturaleza es un conjunto de materiales y de fuerzas ciegas, cuyas variadas combinaciones producen individuos y especies pero que en manera alguna prueban la intervención de una inteligencia. Se nos repite que Dios es una hipótesis inútil de la que no se sabe ya qué hacer; que toda concepción de inteligencia independiente del mundo material está vacía de sentido y es absurda; que « se deben abandonar esas vanas ideas de teología á la sabiduría de los maestros de escuela, á quienes es permitido continuar esos inocentes estudios en medio de los oyentes infantiles que pueblan sus aulas ¹. » ¡ Y la escuela sabia que funda sus raciocinios en semejantes principios, no ve que está en el colmo del ilogismo !

¿Decís y afirmáis que las fuerzas naturales inherentes á la esencia misma de la materia aseguran la vida y la

1. *Force et Matière*, par Louis Büchner, Leipzig, 1860.

estabilidad eternas del mundo; decís y afirmáis que esta potestad de mantener indefinidamente el estado actual, ó de hacerle sufrir transformaciones sucesivas, pertenece en propiedad á esas fuerzas naturales, y que ellas tienen *por sí mismas* la virtud de perpetuar la creacion universal? ¿Por sí mismas? ¡Ah! ¿qué sabéis de eso? Intentad probarnos, si podeis, que esa virtud está en la esencia misma de la materia y no pertenece á una potencia superior que, si quisiera, anularia su accion primitiva y todo lo dejaria caer en el caos. Probadnos que esa materia, cuya dignidad tanto exaltáis existe por sí misma, y ya que os colocais en el terreno científico, no os contentéis con afirmar gratuitamente; demostrad, si os place, las proposiciones que sentais con tanta seguridad.

Pero aun cuando lo que afirmáis fuese cierto; aun cuando las leyes que rigen el mundo llevasen en sí mismas las condiciones de su eterna vida y de su eterna estabilidad; aun cuando la intervencion incesante del Autor de todas las cosas fuese supérflua, y por consiguiente no existiese, — cosa que os concederíamos en la apariencia, una vez reconocido el principio creador, — ¿qué probaria esto, sino que ese Criador, cuya existencia negais tan ilógicamente, ha tenido bastante sabiduria y bastante poder á la vez para no sujetarse servilmente á poner mano eternamente á su obra? Despues de haber descubierto la gran ley de la gravitacion de los astros, el inmortal Newton emitió la opinion de que el autor del Universo debia de tiempo en tiempo volver á montar la máquina de los cielos; cien años despues vino Laplace á demostrar que el sistema del mundo no es un reloj, y que está en perpétuo movimiento hasta la consumacion de los siglos; nosotros vemos á Dios mas grande en Laplace que en Newton. El sello del infinito está impreso en la Naturaleza; queremos reconocer la mano que lo estampó. La creacion proclama tan claramente á nuestros ojos la existencia de un Criador

infinito, que la negacion de esta existencia nos parece el colmo de la insensatez y de la ceguedad. ¡Negar á Dios porque ha sido infinitamente sábio é infinitamente poderoso! ¡No reconocer la accion divina, porque es sublime! ¡*Semel jussit, semper paret!* ¡En verdad, señores, que estais bien atrasados los que os llamais filósofos del porvenir! Preguntad á Séneca que vivia hace veinte siglos, no le costará trabajo responderos.

¿Cómo pretendéis sostener semejante sistema? No apelamos aquí á la conciencia universal y á la autoridad del testimonio, ya no son estas sanciones suficientes para nosotros; apelamos á vuestros principios los mas elementales, los mas indefectibles de lógica; apelamos simplemente á vuestro sentido comun. ¡Cómo! cuando inteligencias tales como Kepler, Newton, Euler, Laplace, Lagrange, á pesar de su génio poderoso que los elevó cien codos sobre la humanidad, solo han logrado encontrar una *expresion* de las leyes que rigen el universo; dar una *fórmula* de las fuerzas del *Cosmos*; cuando estos ilustres matemáticos hubieran sido incapaces de *imaginar* por sí mismos una sola de esas leyes, de sacarla de su cerebro de hombre, no de ponerla en accion, sino simplemente de *inventarla*, de darle una existencia abstracta y estéril; ¡se pretenderia que estas leyes no proclamasen la inteligencia superior que creó y puso en accion esas potencias cuyas fórmulas apenas puede el hombre balbucir! ¡Pero esta es, en verdad, una forma de raciocinio inexplicable! y si desgraciadamente no tuviésemos junto á nosotros el ejemplo palpable, fuera increíble que hubiera quién fijándose en pruebas tan manifiestas de una inteligencia ordenadora, no reconociese sobre esas leyes admirables al Sér supremo, que formuló las leyes y las impuso al universo. ¡Singular raciocinio el de no creer en Dios, á pesar de la evidencia, porque no lo comprendéis! Pero, ¿y qué comprendemos nosotros aquí? ¿Sabemos siquiera lo que es un átomo de

materia? ¿Conocemos la naturaleza del pensamiento? ¿Podemos analizar la esencia de las fuerzas físicas? ¿Sabemos qué es la gravitacion? ¿Sabemos tan solo si existe como sustancia ó si es no mas que el nombre de una propiedad desconocida inherente á la materia?... No comprendemos nada en su esencia, ó poco ménos que nada; vosotros lo reconocéis como nosotros. Por tanto, ¡qué absurdo (nos valemós de esta palabra insuficiente, porque queremos permanecer en el terreno de la lógica), qué absurdo condenar á Dios á muerte, no quererlo, negar injuriosamente su existencia, en razon de que nosotros (¡Nosotros!) no le comprendemos !!

Dios existe. Y no ha creado sin objeto habitables las estrellas. Á las pruebas sacadas de la analogía, agregamos las ideas que nos inspira la razon de ser del plan divino, y sentamos la cuestion en los términos siguientes. Teniendo un fin la creacion de los planetas, y habiendo demostrado las consideraciones anteriores que la Tierra no tiene ninguna preeminencia marcada sobre ellos, y que fuera absurdo pretender que hubiesen sido creados únicamente para ser observados de vez en cuando por alguno de nosotros; ¿cómo puede cumplirse este fin si no hay un solo sér que los habite y los conozca? La única respuesta á esta cuestion, fuera de la afirmativa en favor de nuestra doctrina, es imaginar, á ejemplo de algunos teólogos mal inspirados, que el universo sideral puede no ser mas que una masa de materia inerte dispuesta por Dios segun sus leyes matemáticas para su mayor gloria, ¡A. M. D. G. ! y para la glorificacion de su poder por los ángeles ó los elegidos, los únicos llamados á contemplar esas maravillas ! ¡Maravillas de soledad y de muerte, en

1. Aquí no hubiéramos podido sino tratar por encima esta gran cuestion de la existencia científica de Dios. Despues hemos creído haber demostrado, en nuestra obra especial *Dieu dans la nature*, la presencia y la accion eterna de la Inteligencia absoluta en el universo, y haber sacado de la ciencia misma la base indispensable á nuestra nueva filosofía.

verdad! cual si una danza de globos de tierra en los vacíos infinitos pudiera ser la manifestacion del poder divino, y servir mejor á su gloria que un concierto de criaturas inteligentes! Pero semejante respuesta no admite un solo instante de discusion. Que nuestro planeta ha sido creado para ser habitado, es de una evidencia incontestada, no solamente porque los séres que lo pueblan están ahí ante nuestros ojos, sino tambien porque la conexion que existe entre esos séres y las regiones en que viven trae como consecuencia inevitable que *la idea de habitacion se une inmediatamente á la idea de habitabilidad*. Pues bien, este hecho es un argumento incontestable en favor nuestro: sopena de considerar el Poder creador como ilógico consigo mismo, como inconsecuente con su propio modo de obrar, es preciso reconocer que la habitabilidad de los planetas reclama imperiosamente su habitacion. Dotados de años, estaciones, meses y dias, ¿cuál fuera su objeto? ¿y por qué razon no habria de desarrollarse la vida en la superficie de esos mundos, que gozan como el nuestro de los beneficios de la Naturaleza y que tambien reciben los rayos fecundantes del mismo Sol? ¿Para qué esas nieves de Marte que se derriten en cada primavera y bajan á regar sus campos? ¿Para qué esas nubes de Júpiter que esparcen la sombra y la frescura en sus llanuras inmensas? ¿Para qué esa atmósfera de Vénus que baña sus valles y sus montañas? ¡Oh mundos espléndidos que bogáis léjos de nosotros en los cielos! ¿Sería posible que la fria esterilidad fuese para siempre la inmutable soberana de vuestros campos desolados? ¿Sería posible que esta magnificencia, que parece ser vuestro patrimonio, fuese concedida á regiones solitarias y desnudas, en donde solo las rocas hubieran de contemplarse eternamente en un tétrico silencio? ¡Espectáculo horrendo en su inmensa inmutabilidad, y mas incomprendible que si la Muerte furiosa, pasando sobre la Tierra,

destruyese de un solo golpe la poblacion viviente que resplandee en su superficie, envolviendo de este modo en una misma ruina á todos los hijos de la vida, y dejando rodar á la Tierra en el espacio como un cadáver en una eterna tumba!

II

LA VIDA.

El infinito en la vida. — Vision microscópica y vision telescópica. — Geografía de las plantas y de los animales; difusion universal de la vida. — La mayor suma de vida está siempre completa. — El mundo de los infinitamente pequeños. — Su aspecto y su enseñanza; la fecundidad de la naturaleza es infinita. — Como está superabundantemente probada la pluralidad de mundos por el espectáculo de la Tierra. — Lo que somos: una doble infinidad se extiende por encima y por debajo de nosotros. — Ley de unidad y de solidaridad. — Vida universal. Elementos constitutivos de las sustancias caídas del cielo: el análisis de los aerolitos corona las demostraciones y los raciocinios que preceden.

Las consideraciones que preceden establecen una doble certidumbre, y serian mas que suficientes para cuestiones ordinarias y puramente humanas; pero la Naturaleza no ha querido dejar á los hombres el cuidado de explicar la obra maestra de la creacion. El Rey de los seres ha echado un velo misterioso sobre esta muestra sublime de su omnipotencia, y se ha reservado á sí mismo el recorrerlo, á fin de confundir el orgullo de los hombres al mismo tiempo que ensanchara la esfera de su inteligencia. Para llegar á este fin, ántes de que la ciencia les descubriese las maravillas de su fecundidad prodiosa, la Naturaleza infundió en el espíritu de los que la han estudiado la nocion de la pluralidad de mundos, enseñándoles que una sola Tierra habitada no convendria ni á su dignidad, ni á su grandeza. Despues ha dejado á la ciencia el cuidado de desarrollar esta idea primitiva, permitiendo al hombre penetrar en el santuario de su eterno poder.